

La lucha por el Mediterráneo

Por el profesor Luiz Alberto Moniz Bandeira*

No cabe la menor duda de que los militares de las fuerzas especiales de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, vestidos como árabes, los false-flaggers, ej. un “illegal team”, con identidad de otros países, participan de la guerra en Libia y, posiblemente, agentes de la CIA y del MI6 (Reino Unido), también están actuando en Siria alimentando las protestas contra el régimen de Bashar al-Assad. Es muy poco probable que estas manifestaciones, comenzadas el 16 de enero, se mantengan hasta ahora y enfrenten diariamente la sangrienta represión, ocho meses después, sin recibir ningún estímulo por parte de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Un despacho secreto de la Embajada de los Estados Unidos en Damasco, revelado por Wikileaks, informó que de 2005 hasta septiembre de 2010, los Estados Unidos, con los recursos del Middle East Partnership Initiative (MEPI), habían destinado en forma secreta a los grupos opositores en Siria, cerca de 12 millones de dólares y financiado la instalación de un canal de TV vía satélite, transmitiendo hacia dentro del país programas contra el régimen de Bashar al-Assad.

Los intereses de los Estados Unidos, así como del Reino Unido y de Francia, no son sólo económicos, como la apropiación de los campos de petróleo y los negocios estimados en cerca de 200 mil millones que les va a proporcionar la caída del régimen de Muammar al-Gaddafi en Libia. Existen intereses estratégicos, que se ponen de manifiesto aún más en Siria, donde la producción de petróleo es pequeña, del orden de los 530.000 barriles por día. El Mediterráneo constituye importante región geopolítica y los Estados Unidos y las demás potencias occidentales quieren asumir su control y aislar políticamente a Irán, aliado de Siria, así como restringir la influencia de Rusia y de China en el Medio Oriente. Rusia, desde 1971, opera el puerto de Tartus, en Siria y tiene proyectado reformarlo y ampliarlo, como base naval en 2012, a los efectos de poder recibir grandes navíos de guerra, garantizando su presencia en el Mediterráneo. Se ha podido constatar que Rusia también planea instalar bases navales en Libia y en Yemen. Y el financiamiento de la oposición en Siria, desde 2005, apuntó a desestabilizar y derrocar al régimen de Bashar al-Assad, que representa un obstáculo, con la finalidad de impedir la profundización, en el ámbito naval, de sus relaciones con Rusia.

Washington y Madrid manifestaron abiertamente el objetivo de controlar el Mediterráneo mediante un acuerdo, anunciado el 5 de octubre, mediante el cual la base naval de Ruta (Cádiz) en España,

deberá albergar cuatro destroyers, equipados con antimisiles (BMD) de la Marina de los Estados Unidos y operados por 1.100 militares y 100 civiles, como un sistema de defensa de la OTAN, bajo el pretexto de prevenir ataques de misiles de Irán y de Corea del Norte y será acompañado por otros sistemas en Rumania, Polonia y Turquía. Y de ahí que, seguramente, agentes de las potencias occidentales están explotando y fomentando las contradicciones políticas y religiosas en Siria, donde la mayoría de la población es salafista, una de las corrientes fundamentalistas del Islam, que pretende restablecer los primitivos principios religiosos del Corán. Es parecida al wahabismo, doctrina defendida por Muhammad ibn Abd-al-Wahhab y dominante en Arabia Saudita. Bashar al-Assad, sin embargo, es alaouite, otro segmento del Islam, que disimula su doctrina con la taqiyya, práctica chiíta, secta islámica, dominante en Irán y a la que más se acerca. Sin embargo, los alaouites constituyen apenas el 10% de la población, aunque dominan y controlen todo el aparato del Estado hace varias décadas, desde los años 1970, cuando Hafez al-Assad, del Partido Ba'ath, asumió el gobierno del país.

Los aliados occidentales saben que no pueden aplicar en Siria la misma estrategia que en Libia, a través de la OTAN, extrapolando penalmente, la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. El apoyo a la sublevación en Siria y el sistema antimisiles, implantado a partir de España, indican que el objetivo es realmente Rusia, todavía considerada por parte de los Estados Unidos como su gran rival, razón por la cual Moscú y Beijing vetaron la resolución del Consejo de Seguridad contra el régimen de Bashar al-Assad. Su derrocamiento, luego del de Muammar al-Gaddafi, completaría el control del Mediterráneo... si los fundamentalistas y yihadistas islámicos no capturan los gobiernos en Siria y en Libia.

*Luiz Alberto de Vianna Moniz Bandeira, graduado en Derecho, es doctor en Ciencia Política en la Universidad de San Pablo y profesor titular (jubilado) de Historia de la Política Exterior de Brasil, en la Universidad de Brasilia (UnB). Es Doctor Honoris Causa en las Facultades Integradas de Brasil – UniBrasil, de Paraná, así como en la Universidad Federal de Bahía. En 2006, la Unión Brasileña de Escritores (UBE) lo eligió, por aclamación, Intelectual del Año de 2005, confiriéndole el Trofeo Juca Pato, por su obra Formación del Imperio Americano (De la guerra contra España a la guerra en Irak). Autor de más de 20 obras, algunas de las cuales fueron publicadas en Rusia, Alemania, Argentina, Chile, Portugal y Cuba. Luiz Alberto Moniz Bandeira fue profesor visitante en las Universidades de Heidelberg, Colonia, Estocolmo, Buenos Aires, Nacional de Córdoba (Argentina) y Técnica de Lisboa. Es Gran Oficial de la Orden de Río Branco (Brasil); comendador de la Orden del Mérito Cultural (Brasil); comendador de la Orden de Mayo (Argentina) y condecorado con la Cruz de la República Federal de Alemania, 1ª Clase.

Traducido para LA ONDA digital por Cristina Iriarte

LA ONDA® DIGITAL